

EN ESTE NUMERO:

- EL SACERDOTE Y LA POLITICA, por Salvador Blanco Piñán (p. 6).
- EL NUEVO CICLO DE LECTURAS BIBLICAS, por Jesús T. Burgaleta (página 9).
- RADIOGRAFIA DE UN HOMBRE-SACERDOTE (Marc Oraison), por Juan de Sahagún Lucas Hernández (p. 11).

Editorial

LA CONFERENCIA EPISCOPAL

TEMA obligado del editorial de este número tiene que ser la Conferencia Episcopal clausurada casi al mismo tiempo que él. Para mostrar toda la complejidad de su planteamiento y desarrollo.

Como a las anteriores, y acaso con mayor fuerza, acompañaba al anuncio de ésta un radical y profundo pesimismo en el ambiente. La verdad era que al cristiano interesado por la Iglesia, y más radicalmente aun al clérigo, no les parecía que de la Conferencia pudiese llegar a salir nada que mereciera la pena. Su expectación fue mayor por seguir el Sínodo de Roma o la Conferencia Episcopal francesa de Lourdes. «No harán nada, y si lo hacen, no lo sabremos», venía a ser la tónica bastante general de los comentarios. Muy en la línea de aquel glacial despego hacia el Episcopado que un ingeniero belga, en viaje por tierras españolas, reflejó en la carta que publicamos hace unos meses.

Pese a eso, las noticias que en el transcurso de la Conferencia, y a su clausura, se fueron filtrando abrían un ancho margen a la esperanza. Nos hablaban de un ambiente cordial, en el que la delicadeza no ponía mengua alguna a la verdad. De un mayor realismo, lejos de aquel clásico moverse entre ideas abstractas que caracterizó a tantas de las anteriores. De una información más exacta, tecnicada, incluso a veces hasta el exceso. Y hasta llegaron los comunicados con acuerdos susceptibles de hacer un fuerte impacto en la opinión. Por fin el Episcopado hablaba directamente de dos proyectos legislativos, echaba la bases de un nuevo sistema económico, se hacía eco de la situación en cuanto a nombramiento de obispos para reclamar su adaptación a la línea conciliar, se acordaba la celebración de una Conferencia con participación activa de sacerdotes o una asamblea nacional del clero... Todo ello, por otra parte, siempre más próximo a la opinión pública, sin aquellos contrastes tan vivos de anteriores actuaciones.

Hemos hablado, sin embargo, de complejidad, y hemos de hacer honor a esta afirmación señalando también que, junto a esa impresión positiva, no faltan tampoco elementos para otra negativa. El católico medio se pregunta por la inmensa lentitud de actuación episcopal: ¿Cuántas veces se ha tra-

tado ya de la enseñanza religiosa en la Universidad sin que se haya hecho absolutamente nada? ¿Cómo se explica que sigan proliferando facultades eclesiásticas, al parecer, cada una por su camino? ¿Cómo es posible llegar a 1969 con el sistema de dotación que se implantó en 1851 provisionalmente cuando consta que el Estado lleva años dispuesto a cambiarlo? ¿Qué decir de que la Previsión social del Clero, recogida en el Concordato de 1953 aún esté por montarse a escala nacional? ¿Se puede aun usar el tono que se ha usado para responder a las objeciones hechas a propósito de los textos catequísticos? ¿Es aun posible mantener un absurdo sistema de información como el que se ha utilizado, en que las notas oficiales soslayan lo más interesante para dar abundantes datos sobre lo anecdótico, cuando en el Sínodo de Roma se ha informado, amplia y claramente, sobre resultados de escrutinios, intervenciones personales, etcétera? Las preguntas podrían multiplicarse.

Pero acaso también ellas pecarán de fragmentarias y minúsculas. Acaso lo más doloroso sea algo muy irremplazable que cada vez se echa más de menos: La falta de sentido de capitanía. Todos querríamos un Episcopado que fuera abanderado, que ejerciera un caudillaje, que de sus reuniones brotaran irrestañables las iniciativas, los programas, el señalamiento de nuevas cotas... Y la impresión que se tiene es la de que más bien se va a solucionar los problemas que se plantean, a atender los huecos que se abren.

Tal vez nos equivoquemos. Es lo más seguro. De lo que allí pasa sólo sabemos lo que la bien ceruida información oficial y los rumores a que ella da lugar puede ofrecernos. Pero lo que podemos asegurar es que la impresión general es esta que señalamos. Justa o injusta, ahí está y hay que contar con ella. Si el Episcopado no toma la iniciativa, si no recobra la capitanía efectiva, si no va por delante de todos nosotros, si es sólo vigilante quien debiera ser promotor..., la desilusión cundirá cada vez más. Y si la imagen es falsa y sólo a defecto de información se debe que haya cundido... entonces la situación será aún más digna de ser lamentada.